

BIBLIOGRAFIA

LIBROS Y FOLLETOS

TORRE, ANTONIO DE LA: *Documentos sobre relaciones internacionales de los Reyes Católicos*. Volumen I (1479-1483). Barcelona, 1949.

El Patronato Menéndez Pelayo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas ha comenzado a publicar una Biblioteca «Reyes Católicos», documentos y textos. El primer número es esta obra del docto catedrático de la Universidad de Madrid Excmo. Sr. D. Antonio de la Torre, de la que acaba de aparecer el volumen I. De la sólida preparación y extraordinaria competencia del autor en esta materia no hay que hablar aquí, porque son generalmente apreciadas y reconocidas en todos los círculos científicos de España y del extranjero. La labor del Sr. De la Torre en el Instituto «Jerónimo Zurita» de dicho Consejo merece el mayor encomio por su sabia dirección y por el noble espíritu que imprime a los colaboradores.

El reinado de los Reyes Católicos tiene bastantes crónicas coetáneas, mas la historia de Fernando contenida en los últimos tomos de los magnos *Anales de la Corona de Aragón*, de Zurita, que pueden considerarse como coetáneos, trabajo del inmortal cronista basado en las mismas crónicas y en documentos del tiempo, que señaló el punto de partida para la reivindicación de Fernando el Católico (Baltasar Gracián, Saavedra Fajardo, etc.). Pero este período trascendental de la historia de España no podrá ser bien estudiado mientras permanezcan inéditos copiosos núcleos documentales de los archivos nacionales y extranjeros.

Por esto, el Dr. De la Torre ha emprendido la ardua tarea de publicar los instrumentos referentes a las relaciones internacionales de los Reyes Católicos existentes en el Archivo de la Corona de Aragón, que él conoce a maravilla, merced a largas estancias en el rico depósito: Archivo Real, registros de Cancillería y lugartenencia de Cataluña. El autor ha leído detenidamente más de un centenar de registros, hasta la fecha de 1504, año del fallecimiento de la Reina Isabel, recogiendo todas las cosas curiosas vistas en ellos, para ser utilizadas en trabajos de otra índole que el presente.

Todos los documentos no se publican íntegros, porque no todos tienen la misma importancia, pero siempre se acompañan las anotaciones indispensables para situar personas y hechos. Se fija el orden cronológico, a partir del 19 de enero de 1479, fecha del fallecimiento de Juan II, hasta fines del año 1483. La colección va seguida de utilísimos resúmenes de las noticias referentes a cada uno de los Estados con los cuales mantuvieron relaciones diplomáticas los Reyes Católicos, simultáneamente, además de los numerosos problemas que cada día presentaba el gobierno de la nación y sus dominios.

El esfuerzo realizado por Antonio de la Torre es tan considerable como el prestigio de que goza en estas disciplinas históricas. Se trata de una obra magistral, indispensable para el estudio del culminante reinado, en el que España se hizo una y se sentaron las bases del Imperio del siglo xvi.—Ricardo del Arco.

Actas de la primera Reunión de Toponimia Pirenaica. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Cursos del Instituto de Estudios Pirenaicos. Zaragoza, 1949. 211 págs.

Se publican en este interesantísimo volumen las conferencias y las comunicaciones que se pronunciaron o se presentaron durante la primera Reunión para el estudio de la toponimia pirenaica, que se celebró, bajo los auspicios de la Estación de Estudios Pirenaicos, en Jaca, en agosto de 1948. En este congreso se trazaron las líneas generales para la recogida de los materiales lingüísticos que se han de someter a una ulterior elaboración, «tratando de unificar el método que ha de seguirse por los distintos centros participantes en esta investigación».

Especialistas, nacionales y extranjeros, de reconocida solvencia, presididos por la extraordinaria personalidad de Ramón Menéndez Pidal, colaboran en este volumen: Paul Aebischer, Manuel Alvar, Antonio Badía Margarit, Ignacio Balaztena, Carlo Battisti, H. Gavel, W. D. Elcock, Manuel García Blanco, Vicente García de Diego, A. Griera, Angel Irigaray, Fernando Lázaro Carreter, Bernard Pottier, Pierre Sallenave. No todos los escritos ofrecen, claro está, las mismas características o la misma visualidad, aunque se refieren, casi todos, a los dominios toponímicos del Alto Aragón. Abarcando un panorama más amplio, versó el profesor suizo P. Aebischer sobre los materiales medievales para el sufijo de origen germánico «-ing» en las lenguas de la península Ibérica; bajo otro aspecto, A. Griera trata de las fuentes y estudios de la toponimia en el dominio catalán, mientras A. Badía dedica un detenido análisis a la frecuente formación de topónimos pirenaicos mediante la raíz preindoeuropea «mal» (roca) y da la lista de los mismos en el Pirineo catalán.

Por su lado, I. Baleztena publica una lista de topónimos de Pamplona y su término municipal, tomada de documentos conservados en el Archivo del Ayuntamiento de la Ciudad. El insigne toponimista italiano C. Battisti presentó al congreso una breve y utilísima nota sobre los métodos de investigación toponomástica, basada en la experiencia personal que le proporcionó el Alto Adige, en el corazón de los Alpes centrales, región afín al Pirineo. Como réplica a la tesis de J. Orr, presentada hace catorce años en una comunicación al IV Congreso de Lingüística románica celebrado en Burdeos, disertó F. Lázaro Carreter sobre el tema «F. > H.», *fenómeno ibérico o romance*, fundándose en la hipótesis del sustrato de Menéndez Pidal. B. Pottier dedicó su atención a los topónimos contenidos en los mapas de los siglos XVI, XVII y XVIII, tan interesantes desde diversos puntos de vista.

La temática propiamente aragonesa cobra en estas actas el mayor relieve. Con su erudita disertación inaugural «Javier-Chabbarri», *dos dialectos ibéricos* daba el Sr. Menéndez Pidal un elevado tono a las tareas de la Reunión. Como estudio paralelo al de la toponimia subraya V. García de Diego la importancia de la fonética pirenaica. M. Alvar analiza los nombres de núcleos de población en el alto valle del río Aragón: Aratorés, Canfranc, Castiello, Cenarbe, Villanúa, pertenecientes a un tipo latino de designaciones. Como valiosa contribución a la toponimia aragonesa medieval hay que señalar la comunicación de M. García Blanco, fundada en los cincuenta y siete documentos reales del Monasterio de San Juan de la Peña correspondientes a Sancho Ramírez, cuyas fechas están comprendidas entre los años 1062 y 1094. La comunicación de A. Irigaray contiene curiosas sugerencias, de carácter etnológico y toponímico, sobre el parentesco entre los vascos y los antiguos habitantes del Pirineo aragonés. H. Gavel ofrece unas notas sobre los nombres de lugar en «-on» en el departamento francés de los Bajos Pirineos. El profesor W. D. Elcock, a quien se debe el excelente estudio sobre afinidades fonéticas entre el aragonés y el bearnés, contribuye a la publicación de este volumen con datos de gran importancia, sacados de los materiales que no utilizó en su conocida tesis,

acerca de la toponimia menor en el Alto Aragón, «donde quedan como fosilizado estratos lingüísticos que el habla actual ha eliminado».

Es de justicia señalar aquí la impecable presentación y la claridad tipográfica de este volumen, impreso en los talleres de «Heraldo de Aragón», de Zaragoza. Pese a las innumerables dificultades de orden científico, a las citas técnicas y a las transcripciones fonéticas, existentes a lo largo de la obra, no hemos podido notar la menor vacilación o negligencia.—*Miguel Dolç.*

LACARRA, JOSE MARIA: *Semblanza de Alfonso el Batallador*. Lección inaugural del curso 1949-50 en la Universidad de Zaragoza. Zaragoza, 1949.

La semblanza del gran rey aragonés Alfonso el Batallador fué el tema elegido por el profesor José María Lacarra, decano de la Facultad de Letras de la Universidad de Zaragoza, para su discurso inaugural del año escolar 1949-1950.

Ya hace tiempo que el Sr. Lacarra viene dedicando su atención al estudio del reinado de aquel glorioso monarca. En su colección diplomática *Documentos para el estudio de la reconquista y repoblación del valle del Ebro*, ha insertado un considerable número de documentos de Alfonso, muchos de ellos inéditos, y en diversas revistas viene publicando documentados estudios sobre diversos aspectos de aquel reinado. Con tan segura base, José María Lacarra, venciendo las dificultades que ofrecía la empresa—escasez de fuentes, juicios apasionados de los enemigos del monarca—, ha logrado trazar una magnífica semblanza del Rey Batallador.

El autor fija, aproximadamente, hacia 1073, la fecha del nacimiento de Alfonso. Nadie podía prever entonces que un día sería llamado a regir los estados de su padre por eso, ni las crónicas ni los documentos abundan en noticias sobre su infancia. Habla, después de la influencia que sobre él ejercería su madre, la champañesa Doña Felicia, de sus probables viajes a Francia, de su estancia en el Pirineo aragonés, de su educación en San Pedro de Siresa. Esta sería la propia de un segundón, pues, como dice el autor, se trata de «un infante que sólo puede aspirar a ser tronco de una casa, y que, si de momento goza del favor e influencia en la Corte del padre y luego en la de su hermano, esta influencia se irá esfumando a medida que se vaya alejando el parentesco con el monarca reinante».

Pero acontecimientos imprevistos le impulsan a más altos destinos: primero, la muerte de su hermano Fernando, que le lleva a los señoríos de Biel y de Luna; después, la de su sobrino, el príncipe Don Pedro; y, por último, la del propio rey, su hermano Pedro, que fallece en 1104, y que «le lanza bruscamente al gobierno del reino, al que ni aspira ni para el que se siente preparado».

José María Lacarra hace resaltar las aspiraciones políticas de Alfonso, sobre todo, su propósito de liberar la Tierra Santa y la fundación de una cofradía religioso-militar, a cuyo frente estará el rey. Es la idea de la *Militia Dei*, siempre presente en todos sus actos, y que culminará en su célebre testamento. Substancioso es también el capítulo dedicado a estudiar los rasgos de la personalidad del monarca; su bravura, sus posibles supersticiones, sus condiciones de caudillo, hábil para la guerra y poco diestro para las intrigas cortesanas.

El autor se ocupa con detenimiento del matrimonio del rey con Doña Urraca, que había de ser la piedra de toque de las cualidades de Alfonso y el origen de todas las diatribas que se lanzan contra el monarca aragonés. El fracaso de aquella unión no sólo fué debida a la oposición de caracteres de los cónyuges, sino también, como observa Lacarra, a los encontrados intereses que el matrimonio venía a lesionar. Contra el monarca aragonés se agrupan todos los enemigos de un poder fuerte y enérgico: los

Condes de Portugal que tratan de independizar la comarca, la anárquica nobleza de León y Galicia que quiere resucitar anacrónicas situaciones, el astuto arzobispo de Santiago y los partidarios de Alfonso Raimúndez.

Con desapasionada objetividad, el profesor Lacarra reconoce que el rey se mueve con torpeza entre aquella madeja de intereses y egoísmos contrapuestos. Por eso, el rey abandona los asuntos de Castilla para entregarse por completo a su empresa predilecta: la conquista del reino moro de Zaragoza, el empuje hacia el mar. Y es aquí, precisamente, donde se muestra el genio del monarca, su talento militar, su intrepidez temeraria, su previsión restauradora y su alteza de miras.

Finaliza su trabajo el Dr. Lacarra citando el juicio que Alfonso mereció del autor de la Crónica de Alfonso VII, que, no obstante su odio hacia el monarca, reconoce que «ni antes ni después de él, hubo en Aragón rey que se le pareciese ni en lo fuerte ni en lo prudente ni en lo belicoso». Y añade el docto catedrático: «Esta creo que será la sentencia desapasionada de la Historia».

En resumen, se trata de una semblanza objetiva, exacta, como basada en el estudio directo de los documentos contemporáneos, y, además, escrita en un estilo ameno que hace muy agradable su lectura. Trabajo, a la vez, de erudición y de síntesis, de fina perspicacia y de juiciosa crítica, trabajo que viene a llenar una laguna en la producción biográfica aragonesa, situando la discutida figura del Rey Batallador en el marco de majestuosa grandeza que por su abnegación y heroísmo le corresponde.—*F. Balaguer.*

MONTIEL, ISIDORO: *Incunables de la Biblioteca Pública Provincial de Huesca*. Madrid, 1949. 309 págs., más 36 láminas fuera del texto.

El autor ha sido director de la Biblioteca Pública de Huesca durante algún tiempo, y por eso ha podido estudiar a su sabor los 148 incunables que aquella posee, cuyo catálogo publica ahora el Sr. Montiel. Aunque los más de ellos están descritos en Repertorios conocidos, los describe también, anotando variantes y modificaciones, con eruditas citas y compulsas bibliográficas y un leve comentario del autor y de la obra para guía del lector no versado. Algunos de los incunables que presenta son raros y valiosos, y los señala en la Introducción. Numerosos índices completan el estudio (autores, materias, impresores, lugares, etc.). En las láminas se reproducen con limpieza páginas, grabados xilográficos y encuadernaciones de los incunables.

El libro está editado con lujo por el Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Algunos reparos podrían aducirse en los comentarios a los autores, por ejemplo, hacer florecer al famoso darocense Pedro Ciruelo en los siglos xiv y xv (pág. 79), cuando vivió en los siglos xv y xvi, siguiendo, sin comprobarla, la errata del bibliógrafo Latassa, reproducida asimismo por su refundidor Gómez Uriel; pero ello no amengua el excelente servicio que Isidoro Montiel presta a la Bibliografía.—*R. del Arco.*

ESPAÑOL MUZAS, IGNACIO: *Coplas alusivas a la entronización de San Isidro Labrador en la Hermandad de Labradores y Ganaderos de Binaced*. Huesca, 1950.

Con ocasión de la fiesta de San Isidro del pasado año y de la entronización de una nueva imagen del Santo en la Hermandad de Labradores de Binaced, Ignacio Español compuso unas coplas, dedicadas a San Isidro, que han visto ahora la luz pública. La mayoría de estas coplas están escritas en el dialecto característico de la tierra, de tipo ribagorzano.

Es tan escasa la literatura dialectal aragonesa, que bien merece ser consignada con cariño la aparición de cualquier producción de este género. Como hemos dicho, son coplas alusivas al Santo y a la fiesta celebrada en su honor, sin que falten varias dedicadas a exaltar la belleza y las cualidades morales de las mozas de Binaced.—F. B.

DOLÇ, MIGUEL: *A. Persio Flaco. Sátiras*. Barcelona, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, clásicos «Emérita», griegos y latinos, con notas, 1949. 1 vol. de 291 páginas, en 4.º

Toda la época de Aulo Persio Flaco reviene en sus *Sátiras* (gusto depravado de los literatos, sordidez del populacho, orgullo de los nobles, despotismo del emperador), y, aunque estoico, no es un teorizante, sino que el espejo de la realidad no se aparta del poeta, sin que mixtifiquen su diáfana composición principios especulativos ni afanes políticos, que tanto suelen entrecruzarse en este género poético. La vida sosegada del poeta se trasluce en la lentitud y el cuidado con que escribe. La lectura de Lúrcio le animó a seguir el ejemplo del magnífico modelo, y, no obstante que la obra de Persio resulta difícil para el gusto del lector de hoy, es notoria la supervivencia de las *Sátiras* de Persio, inconclusas, por su vigor de pensamiento y de estilo, por la reproducción artística de la vida, por su vibración ética y por su entusiasmo por el bien.

Estas y otras muchas ideas están desarrolladas ampliamente, con perspicacia y finura, por el profesor Miguel Dolç, en la magnífica introducción a su edición de las *Sátiras* de Persio. Experto y sagaz conocedor de los clásicos griegos y latinos, esta su cultura humanística, reposada y en sazón, la pone al servicio de todos sus escritos, y lucen en esta introducción, así como en las copiosas notas con que ilustra el texto de Persio, que nos dan interpretaciones felices unas veces, rectificaciones otras, la vida real, animada por la evocación, de aquella sociedad, siempre. El conjunto de estas notas significan una versión castellana de las *Sátiras*, que sugieren al profesor Dolç comentarios atinados y pintorescos.

La bibliografía que aduce, abruma; no hay edición ni comentario de Persio que no se registre en la obra. Sólo el apartado VII de la Introducción demuestra la preparación sólida del profesor Dolç, que en el Instituto de Huesca prepara y educa a la juventud en el amor de los clásicos latinos desde su cátedra de esta lengua. El texto reproducido en esta edición es el de S. G. Owen (Oxford, 1903, 1907), por considerarlo el mejor y más riguroso, aunque con algunas discrepancias.

La Introducción trata la biografía, la obra, el valor artístico de las *Sátiras*, la obscuridad de Persio, su supervivencia, la tradición manuscrita y las ediciones y traducciones. Siguen los seis libros de *Sátiras*, y al final van muy útiles índices de nombres y cosas.

La edición es pulcra y amable, digna del cuidadoso esmero con que el profesor Dolç ha compuesto esta su nueva obra, a la cual es de desear sigan pronto los concienzudos estudios sobre Marcial, que viene preparando. *¡Festina lente!*—R. del Arco.

NAVARRO LATORRE, JOSE, y SOLANO COSTA, FERNANDO: *¿Conspiración española? 1787-1789. Contribución al estudio de las primeras relaciones históricas entre España y los Estados Unidos de Norteamérica*. Institución «Fernando el Católico» (C. S. I. C.), de la Excma. Diputación Provincial de Zaragoza (Sección de Estudios Americanos, vol. I). Zaragoza, 1949. VIII + 364 págs.

Dos historiadores aragoneses, en plena juventud, se lanzan a la hispánica empresa

de hacer llegar al conocimiento de los eruditos y estudiosos una de las épocas más interesantes y menos conocidas de nuestra labor colonizadora en América. José Navarro y Fernando Solano, con una honradez histórica digna del mayor encomio, han dado de lado a la anécdota fácil y han orillado los caracteres novelescos de los personajes que intervienen en el relato, huyendo, por igual, de la vistosidad narrativa y de la fértil imaginación, y ello no por falta de cualidades, como lo demuestran las recias y breves pinceladas con las que trazan retratos perfectos de los protagonistas. Nos deleitan con una obra seria, profunda y documentada que pone muy en alto el nombre de los autores.

Tras un breve prólogo de Miguel Gómez del Campillo, plantea la obra la profunda modificación que se opera en todo el Norte de América al proclamarse independientes los Estados de la Unión y las consecuencias que del hecho se derivaron al quedarse sola España en estos territorios al lado de una nueva potencia; estado de cosas que no escapó a la clara visión del Conde de Aranda: «La España, decía, va a quedar mano a mano con otra potencia sola en todo lo que es tierra firme de la América septentrional. ¿Y qué potencia? Una estable y territorial que ya ha invocado el nombre patricio de América...».

Después de tratar de la navegación del Misissipi y del Kentucky y de la Luisiana española, preséntase la figura de Wilkinson, aventurero norteamericano, que trata de conseguir para los kentuckeeses el derecho de navegación por el Misissipi y la segregación del territorio del Estado de Virginia, aun cuando, como luego expondrá en su «Memoria» famosa, sea separando dicho territorio de los Estados de la Unión y colocándolo bajo la soberanía española. En otros cinco interesantísimos capítulos vemos desarrollarse la llamada—por los historiadores clásicos norteamericanos—conspiración española para romper la unidad de un pueblo recién aparecido y que, como los autores del libro que comentamos demuestran con copiosísima documentación, no fué sino una intriga norteamericana en su origen y en su desarrollo, porque las instigaciones partieron siempre de norteamericanos, y que probó la buena fe de España hacia los Estados de la Unión.

Desfilan por las páginas de la obra reseñada una serie de personajes y acontecimientos de acusado perfil: la figura de leyenda de Bernaldo de Gálvez, liberador de la Florida de manos inglesas; el Gobernador Esteban Navarro; el Intendente Martín Miró; los planes entusiastas de Wilkinson; las pretensiones de Wouves d' Arges; los proyectos del General Steuben, las suspicacias de Gardoqui, las dilaciones de Floridablanca y los ímpetus juveniles de los norteamericanos que intervienen, dan un valor humano a la obra, perfectamente logrado.

Tras una bien fundamentada conclusión, siguen las eruditas y sabrosas notas, por las citas que traen a colación, y después, los apéndices con los documentos utilizados y traducidos, algunos de interés excepcional, como la «Descripción anónima del Kentuckee», la Memoria de Wilkinson, sus sugerencias y los informes de Gayoso y Navarro. Completan la labor erudita índices cronológicos, toponímicos y bibliográficos, juntamente con doce mapas que permiten formarse una idea justa del teatro de los acontecimientos y de la situación de los personajes.

Claramente se ve en los señores Navarro y Solano la solidez de su formación científica; merece destacarse el mérito de haber sabido separar del cuerpo histórico los sucesos de un tiempo limitado alrededor de un hecho fundamental. De rara habilidad han dado prueba al conseguir aislar un suceso sin menoscabar su interés e importancia cosa que no hubieran podido conseguir sin tener un conocimiento completo de la época y del problema estudiado. Todo esto está conseguido con una documentación, abundantísima, que, en lugar de ser un lastre que fatiga y oscurece su contenido, es el cauce por el que se ve correr la vida de la época.—*Virgilio Valenzuela Foved.*

URABAYEN, LEONCIO: *La Tierra humanizada*. Madrid, Espasa-Calpe, 1949.

Esta obra del profesor Urabayen lleva como subtítulo: «La Geografía de los paisajes humanizados y la lucha del hombre por la conquista de la Naturaleza». En la doble expresión se especifica el verdadero sentido y el alcance del sugestivo título. El autor ha tratado, ante todo, de dotar de exacta denominación a esta nueva disciplina designada comúnmente con la imprecisa calificación de «Geografía humana», rápidamente consagrada por la clásica obra de Brunhes *La Géographie humaine*. No contento con ello, ha fijado la verdadera extensión del nuevo campo geográfico, elaborando un nuevo concepto de la Geografía humana, que ya expuso en la primera obra de esta clase, *Geografía humana de Navarra. La vivienda*. La novedad de sus concepciones consiste en establecer el enlace entre los hechos básicos de la Geografía humana, denominados por el autor «precipitados geográficos», y el tema nuevo, sumamente interesante y aún no estudiado científicamente, de la lucha del hombre con el medio geográfico para someterlo a su arbitrio y aprovecharlo íntegramente en su beneficio.

Gracias a este punto de vista, tan distinto del de los demás geógrafos al exponer las relaciones entre la Tierra y el hombre, Urabayen amplía el contenido científico de la actual Geografía humana y fecundiza unas doctrinas tan mezquinas hasta el presente que no llegaban a justificar plenamente la vida de la nueva ciencia. Teniendo en cuenta sólo la influencia del medio geográfico sobre el hombre, se supone la aceptación previa del postulado de la adaptación del hombre al medio, como si en la relación existente entre ambos, el medio fuera el elemento activo y el hombre el pasivo. Para Urabayen, los dos elementos son activos, aunque sea el medio el que acusa ambas actuaciones, puesto que sobre él se asientan las obras resultantes de las dos influencias. La gran misión, en suma, del hombre consiste en transformar la Tierra en una morada cómoda y agradable; y el principal objeto de este libro es presentar lo que ha hecho hasta ahora el hombre en tal sentido.

El autor refleja, a lo largo de la obra, la preocupación metodológica. Una breve sinopsis inicial de la Geografía de los paisajes humanizados sintetiza el conjunto de la doctrina expuesta. Tras un ensayo de crítica geográfica, «necesaria para fijar los conceptos y acabar con las desviaciones que abruma a la actual Geografía», sigue el cuerpo fundamental del libro, constituido por la clasificación y presentación, sistemáticamente ordenadas, de los fenómenos básicos de esta Geografía, los «precipitados geográficos», según sean originados por la necesidad humana de protección contra los elementos y contra seres enemigos, por la necesidad humana de actuar utilitariamente sobre el medio geográfico, o por la necesidad humana de restauración, distracción y recreo. Este estudio se completa con el del entronque de dichos fenómenos con el proceso de la lucha entablada entre el hombre y la Naturaleza. A continuación se encuentra una tercera parte destinada a facilitar la labor de aplicación de los conceptos del autor al estudio de la realidad geográfica, es decir, una metodología de investigación en la Geografía de los paisajes humanizados. El trabajo termina con algunas indicaciones para dirigir la enseñanza de esta Geografía. Como apéndice figura un esbozo de Biología dirigida.

La obra, redactada años atrás y no publicada hasta hoy con la modificación de contados pasajes, adolece sólo de la vejez de datos y estadísticas, aunque la vitalidad de las ideas fundamentales y del plan general sigue intacta. Dificultades editoriales han obligado a restringir el documental gráfico: la colección de 2.400 ilustraciones que el autor había preparado, se ha visto ceñida al número estrictamente indispensable de cuadros sinópticos, gráficos, fotografías y planos. Aun así, la exposición de la disciplina es muy clara y atrayente.—*Miguel Dolc.*

MUIR, RAMSAY: *Civilización y libertad*. Trad. por Luis Jordá: M. Arimany, Editor, Barcelona.

El tema de la democracia y la libertad, que viene a ser un solo concepto, está a la orden del día. La utilización del apasionado tema por los bandos más enconadamente opuestos demuestra su mismo grado de flexibilidad. El fenómeno merecería una investigación formal, una disección profunda, que no logramos encontrar en los estudios que llegan a nuestras manos. Acaso es innegable que el progreso de la civilización depende del progreso de la libertad; ésta es la tesis que ha abordado Ramsay Muir; viene a ser la misma que, desde otro punto de mira, señálese E. Parmalee Prentice al demostrar en su reciente obra *El Hambre en la Historia*, que con la conquista de la libertad conjuró el género humano el espectro milenar del hambre.

Ramsay Muir ha evitado toda disquisición de orden filosófico o abstracto en su exposición. No quiere esto significar que no nos dé previamente las definiciones de la palabra «Civilización» y la palabra «Libertad» en la acepción que la mentalidad occidental les confiere. El gesto puede parecer bien puesto en razón como egregia decisión de «fair play»; pero quizá obedece a un afán de no comprometerse demasiado. Con ello evita la exactitud de otorgar a los vocablos la significación universal de su propia naturaleza; y así comete casi una fuga por la tangente de la cuestión. Hay que reconocer, sin embargo, la visible originalidad de su postura interpretándola como intento de primer estudio científico de los factores que rigen la paz y el progreso de los pueblos. Sólo utilizando la historia pretende probar su tesis: sólo en la experiencia histórica instala el complejo problema de la política mundial.

La obra forma, por consiguiente, un esbozo de historia universal: en ella pulsa el autor todas las manifestaciones de tiranía o libertad política, desde el nacimiento de la libertad en Grecia hasta las luchas de la democracia contra la tiranía después de la primera Guerra Mundial. El libro se mantiene siempre en una pura línea arquitectónica de construcción y perspectiva, apenas el historiador descubre las raíces de la civilización occidental en tres principios sólidos: la pasión de los griegos por la libertad intelectual y la busca de la verdad, la fe romana en la soberanía de la ley, la doctrina cristiana de la igualdad de valor del alma ante Dios. No raramente, empero, el material constructivo nos parece artificioso y endeble. Dificilmente puede sustentarse como principio absoluto que todo despotismo suponga extinción de progreso y cultura, que a una pérdida de libertad corresponda siempre una decadencia. Esta conclusión parece tan extremada como otra, también formulada recientemente, según la cual no puede mantenerse una cultura sin la fuerza de las armas. Prácticamente podrá no haber a veces otro remedio; científicamente, la discusión se presenta desenfocada.

De aquella concepción adolece gran parte de la obra: a ella se añade una antojadiza interpretación de carácter patriótico. Es de todos conocido el papel que ha desempeñado la postura de Inglaterra en la conquista y defensa de la libertad humana, pero es probar demasiado, el intento de adjudicar a la aparición de Inglaterra casi toda la justificación de la historia del mundo como síntesis de la lucha del hombre por la libertad. El autor no podrá ya desasirse del color de este cristal que se ha puesto ante los ojos: por su culpa, no pocos aspectos históricos cobran un sentido político a costa del rigor científico. No puede ser más ligera, por ejemplo, la mención de las Cortes españolas, «que antiguamente habían guiado a Europa en el establecimiento de la libertad»; ni puede encerrarse en cuatro renglones el nuevo estado de cosas que trajo el absolutismo de Felipe II, debido a cuyos resultados «la negación de toda libertad condenó a España al estancamiento intelectual y, por consiguiente, a la decadencia que ha seguido prolongándose hasta nuestros días». El juicio no podía llegar a mayor inexactitud.

La mitad de la obra está consagrada a las dos últimas centurias: creemos que es

la parte más lograda del ensayo. El período de 1880 a 1914, como ciclo histórico de la democracia puesta a prueba, está expuesto con finísimo tacto, hasta culminar en las consecuencias de la primera Gran Guerra cuyo más acerbo fruto es la aparición del totalitarismo. El ataque de Ramsay Muir al bolcheviquismo y al naciismo como expresión brutal del asalto a la libertad humana, es encarnizado y profundo. El autor publicó su obra durante el desarrollo de la última conflagración; por esto la cierra con un optativo de tortura: «¡Ojalá el resultado de la presente lucha depure la civilización y haga que se compenetre del espíritu de la Libertad!».—*Miguel Dolç.*

FRUTOS, EUGENIO: *El humanismo y la moral de Juan Pablo Sartre (crítica)*. Santander, 1949. Sep. de «Proel».

Uno de los escritores más famosos de Francia en la actualidad es sin duda P. Sartre. Su obra se divulga con aires vocingleros, llegando hasta los más apartados rincones. Este éxito viene preparado por la radio, la novela, el cine y el teatro, pero también Sartre se ha expresado a veces de conformidad con las exigencias filosóficas, como en su obra *L'être et le néant*, y hasta ha recurrido para la defensa de su credo a la polémica de tonos diáfanos y convincentes. *L'existencialisme est un Humanisme* tiene este objetivo.

Indudablemente, el existente humano, desde donde Sartre trata de construir su sistema, carece tanto de valores trascendentes como de valores transcendentales. Recluido en el absurdo de su existencia, el hombre se realiza, según él, creando al mismo tiempo su esencia y su moral, como única salida a la transcendencia. En consecuencia, la inacción y el desaliento serán los compañeros del hombre, sin meta alguna hacia donde dirigir sus pasos.

Pero Pablo Sartre se rebela contra este postulado lógico, que tanto el cristianismo como el comunismo, desde ángulos opuestos, le echan en cara, y pretende buscar un humanismo nuevo basado en la misma absurdidad de la existencia humana.

El profesor Frutos ha traducido con singular acierto esta obra, y la crítica de ella, así como una introducción a los existencialismos, le han servido para la publicación que comentamos. Con estilo flúido y limpio, profusión de doctrina filosófica y copiosa erudición estudia Frutos las distintas orientaciones existencialistas. Todas ellas—dice—son continuación natural y exagerada hasta el límite de la filosofía de la immanencia.

En los existencialismos hay que distinguir principalmente dos direcciones: los que renuncian de antemano a toda metafísica y los que toman la existencia como primer escalón para ascender al problema ontológico del ser. Existencialismo existencial y existencialismo existivo. El de Sartre se encuentra más del lado del existivo.

Donde más resalta la agilidad dialéctica y crítica de Eugenio Frutos es en la última parte de su publicación. Con precisión lógica pone al descubierto las contradicciones de la doctrina sartriana, así como la falta de fundamento para elevar sobre ella una moral que estimule a la acción. En el ámbito existencialista de Sartre no hay lugar ni para un humanismo de tipo clásico, basado en una metafísica substancialista, ni para un humanismo de tipo positivista, que se aferra a unos valores universales sin soporte real.

El empeño de Sartre es inútil. Sobre su sistema lógicamente no se puede construir una doctrina humanista. La única salida de este sistema es la «náusea», en el infierno insoportable del trato social. Al ser para sí, que es la conciencia, sólo le queda al enfrentarse con otra conciencia la vía del conflicto y de la desesperación.

Esta publicación que nos brinda Eugenio Frutos es, en verdad, una valiosa aportación al estudio de los existencialismos y principalmente del de Sartre, una guía segura en medio de tantos confusionismos que suelen engendrarse alrededor de la doctrina existencialista.—*Emilio Martínez Torres.*

ARTICULOS DE REVISTA

ARCO, RICARDO DEL, y BALAGUER, FEDERICO: *Nuevas noticias de la aljama judaica de Huesca*. «Sefarad», IX, 1949, págs. 351-392.

Ya con anterioridad, y en diversas ocasiones, dedicó Ricardo del Arco notables estudios al tema de los judíos oscenses. Recordemos sus artículos publicados en la «Revista de Historia y de Genealogía Española» (15 nov. 1912), en «Linajes de Aragón» (15 oct. 1913), en el «Boletín de la Real Academia de la Historia» (abril 1915); otro escrito suyo sobre *La aljama judaica de Huesca* apareció, poco ha, en la misma revista «Sefarad» (n. 2; año VII, 1947).

Ahora, con la valiosa cooperación de Federico Balaguer, publica nuevas noticias documentales sobre la misma aljama de Huesca, que precisan su historia y desarrollo. Se trata de datos complementarios, procedentes de documentos monacales de Sigüenza —actualmente en el Archivo Histórico Provincial de Huesca—, del cartulario de San Pedro el Viejo y de protocolos de los notarios oscenses. Diez de estos documentos van transcritos al final del estudio.

A través del acervo documental, y sin que su abundancia implique la menor desazón aun en el profano, nos hacen observar los autores las actividades de aquellos judíos, las características de su régimen interno, sus relaciones con moros y cristianos desde el siglo XII al XV, sus épocas de esplendor y decadencia hasta los últimos años de la Aljama y la orden de expulsión decretada por el Rey Católico. Ciertos rasgos pueden ofrecer todavía hoy un interés peculiar: por ejemplo, la determinación del momento histórico en que el barrio de la judería empezó a llamarse Barrio Nuevo, anterior, según los autores, a la expulsión, ya que el nombre, aplicado por lo menos a un sector de la judería, se remonta documentalmente al 1472.

Otros documentos se refieren a las constantes depredaciones de que fué objeto la judería, a la habilidad de los judíos en los ramos de la platería y la sedería, a los onerosos tributos que gravitaban sobre las aljamas altoaragonesas hasta provocar su empobrecimiento y su ruina, y, en particular, a la actividad de los judíos oscenses como negociantes y prestamistas, cuya clientela pertenecía, sobre todo, a la población rural, aunque no faltaban artesanos, hidalgos, clérigos y nobles de elevada alcurnia; varias páginas se dedican al estudio de las sinagogas existentes en Huesca. Con agilidad estilística, matizada a veces de hondo sentido humano, narran los autores las vicisitudes de la expulsión; no de otra manera, entre la monotonía de los documentos de crédito relacionados con ella, aparecen de vez en cuando notas de nostálgica ternura.—
Miguel Dolç.

UBIETO ARTETA, ANTONIO: *La construcción de la Colegiata de Alquézar. Notas documentales*. «Pirineos», núms. 11-12, año V, 1949, págs. 253-266.

No son muy abundantes las noticias que los documentos medievales aragoneses suministran acerca del proceso constructivo de los templos románicos. Por eso, son

dignos de aplauso los investigadores que, como Antonio Ubieto, dan a la publicidad interesantes notas documentales que pueden servir de base para el estudio arqueológico de las iglesias altoaragonesas del período románico.

El autor ha revisado toda la documentación de Alquézar y ha puesto a contribución diversos diplomas medievales, que le permiten dar varias noticias sobre la construcción de la Colegiata de Alquézar. Un documento de 1085 cita el pórtico de Santa María, lo que demuestra la existencia de la iglesia en aquel año, iglesia que pudiera ser, según opina el autor, una antigua mezquita adaptada al culto cristiano. Otros documentos nos han conservado la fecha de la consagración del templo, que tuvo lugar en 1099. En este año la iglesia debía estar terminada, aunque todavía continuaron, durante algún tiempo, las obras de ornamentación. Más tarde, sabemos que San Ramón consagraba en 1113 el altar de San Juan.

En cambio, nada nos dicen los documentos sobre la construcción del claustro ni sobre la erección de las primitivas viviendas canónicas, pues el texto más antiguo sobre estas viviendas es ya de marzo de 1240, citándose algunos años más tarde las obras que en ellas se realizaban.

Otra noticia inédita, aportada por Antonio Ubieto, es la relativa al altar de Santa Ana, cuyo permiso de erección fué concedido por el Vicario general de la diócesis oscense en 13 de julio de 1437. Acerca del retablo cuatrocentista de este altar poseo algunos datos que vienen a completar las noticias de Ubieto Arteta, y que daré a conocer, Dios mediante, en el próximo número de esta revista.

Por último, inserta las cuentas de fábrica correspondientes a la ampliación de la Colegiata en el siglo xvi, cuentas que nos permiten conocer con todo detalle las cantidades que se entregaron a maestro Juan Segura, director de las obras.

Se trata, pues, de noticias complementarias que serán de indudable utilidad para el estudio artístico de la Colegiata de Alquézar.—*F. Balaguer.*

ARCO, RICARDO DEL: *Juicios estéticos de José Nicolás de Azara.* «Revista de Ideas Estéticas», n. 27, 1949, págs. 273-292.

La compleja personalidad de José Nicolás de Azara ha sido objeto de numerosos estudios que han puesto de relieve la valía de este ilustre aragonés. Pero existía un aspecto de su vida, muy poco conocido: sus aficiones literarias y artísticas. Si exceptuamos los breves y magistrales juicios de Menéndez Pelayo, poco es lo que se había escrito sobre la personalidad artística del gran aragonés. Sobre todo faltaba valorar los juicios estéticos de Azara, y esta es la tarea que ha llevado a cabo Ricardo del Arco en un estudio de encantadora amenidad, publicado en «Revista de Ideas Estéticas».

Para conocer las ideas de Azara sobre literatura, Del Arco se vale de los comentarios de aquél, expuestos en su edición de las obras de Garcilaso y en el prólogo de la *Vida de Marco Tulio Cicerón*, de Middleton. Es antipreceptista y ataca por igual a los culteranos del xvii y a los gramatistas de su siglo. En realidad, sus consideraciones no difieren mucho de la doctrina vertida por Ignacio Luzán en la *Poética*.

Pero más que los juicios estéticos de Azara sobre literatura interesan los que se refieren a las bellas artes, y sobre todo a la pintura. Ricardo del Arco ha seleccionado también los puntos más importantes del doctrinal estético de Azara, contenido en los comentarios a las obras del pintor Rafael Mengs. Azara, que conocía los monumentos y galerías pictóricas de Italia, Francia y España, se nos muestra como un neoclásico, admirador de la escultura griega y del arte de Rafael, censurando el estilo grandioso de Miguel Angel y el naturalismo de la escuela flamenca y de Velázquez.

Su definición de la belleza es esencialmente clásica, como no podía menos de ser, dada la formación cultural de Azara. En el Laocoonte del Vaticano ve el mejor ejemplo de cómo es posible expresar la más profunda idea de dolor sin recurrir a gestos y convulsiones que destruyen la belleza de las formas.

En cuanto al problema de la luz, Azara arremete contra los pintores naturalistas que si bien consiguen el efecto de dar un gran relieve a las partes donde bate la luz, en cambio, no reflexionan que la degradación debe ser imperceptible. En su opinión, Correggio y Mengs dominaban el arte de distribuir la luz de manera que los claros iluminasen todo el cuadro, no dejando nada absolutamente oscuro.

El autor hace notar la contradicción en que incurrió Azara valorando adecuadamente el dominio de la perspectiva aérea y atacando la manera de Velázquez, el gran pintor, cuya excelencia se debe principalmente a su innovador sentido del espacio y su consiguiente traducción pictórica.

Interesantes son también los juicios de Azara sobre diversos problemas de la técnica pictórica, y atinadas sus consideraciones sobre los modelos vivos que fueron calurosamente aprobadas por el pintor Mengs.

Los juicios estéticos de Azara, aportados por la diligencia de Ricardo del Arco, demuestran su vigorosa personalidad artística, su buen gusto y su cultura. Al realzar este aspecto, poco menos que inédito, de la personalidad de José Nicolás de Azara, el autor contribuye a la exaltación de esta gran figura española, hasta ahora conocida, casi exclusivamente, por sus actividades políticas y diplomáticas, más ruidosas, pero, quizás, menos meritorias, y, desde luego, menos simpáticas que sus aficiones artísticas. Como dice acertadamente Del Arco, «el doctrinal estético y artístico de José Nicolás de Azara, sitúa a nuestro aragonés entre las mentes europeas más preclaras del siglo XVIII». Ciertamente, es digno de ser divulgado este aspecto de la personalidad de nuestro ilustre coterráneo, y creemos que al fijar y exaltar la valía de Azara en el campo estético, Ricardo del Arco ha prestado un buen servicio a la cultura aragonesa:—F. Balaguer.

ARCO, RICARDO DEL: *Política Hidráulica en Aragón. Capitulación para la obra del Pantano de Arguis*. «Universidad», año XXVI, 1949, n. 1, págs. 165-176.

El proceso constructivo del Pantano de Arguis fué estudiado por Ricardo del Arco en su monografía *El antiguo Pantano de Arguis o de Huesca*, publicada en 1924. Ahora, Del Arco completa su propia labor aportando dos documentos inéditos que nos suministran interesantes detalles sobre la construcción del pantano, documentos que da a conocer en un artículo aparecido en las páginas de la revista «Universidad». El más importante de estos documentos es la capitulación de la obra del pantano, firmada ante el notario oscense Sanclemente, en 19 de Julio de 1686, por los componente de la Junta de la Sisa y los canteros Miguel Fañanás y Pedro Albar. Conforme a esta capitulación los maestros habían de entregar concluída la obra en agosto de 1690.

Interesantes son varias cláusulas de esta capitulación, que nos dan a conocer útiles noticias sobre la forma en que fué construído el pantano.

Lo mismo esta capitulación que el acta de comanda que firmaron el 23 de julio del mismo año el autor del proyecto don Francisco de Artiga, el cantero Fañanás y José Perod demuestran la abnegación y el espíritu de sacrificio del sabio catedrático de la Universidad Sertoriana, que no solamente ideó la traza del pantano, sino que contribuyó con su aportación personal a la realización de la empresa; empresa que, sin su talento organizador y sin su tenacidad aragonesa, no se hubiera llevado jamás a cabo.

Estos documentos que Ricardo del Arco aporta al estudio de la política hidráulica

aragonesa escapan de la órbita meramente histórica y tienen una indudable importancia de orden utilitario. De desear es que prosigan estas investigaciones sobre temas histórico-hidráulicos, investigaciones que tantos beneficios pueden prestar a la economía altoaragonesa.—*F. B.*

BALAGUER, FEDERICO: *Un obispo aragonés. Don Sancho de Larrosa.* «*Fac*», año XI, II época, n. 1. Huesca.

El autor da noticias sobre el célebre Don Sancho de Larrosa, obispo de Pamplona, que tomó parte muy activa en la vida política de su tiempo. Apunta la hipótesis de que, tal vez, Don Sancho, en los años en que fué canónigo de Huesca, interviniese en el exorno de varios diplomas de las catedrales de Jaca y Huesca, cuyas miniaturas y dibujos han llamado la atención de los historiadores del Arte, aduciendo como prueba la semejanza de alguno de estos dibujos con el rostro de vigorosos trazos con que Don Sancho firmaba los documentos.

Federico Balaguer no admite la teoría de Kingsley Porter que supone que estos dibujos son producto del «scriptorium» pinatense y cree que fueron ejecutados por escribas catedralicios, uno de los cuales pudo ser el famoso Don Sancho de Larrosa, objeto del artículo.—*José M.^a Subías Vallés.*

DEFFONTAINES, PIERRE: *Contribution á une Géographie humaine de la montagne.* «*Pirineos*», año V, núms. 11-12, págs. 99-168.

Se trata de un trabajo destinado al gran público y escrito en un estilo agradable y ameno, de encantadora lectura. Para hacer asequible su trabajo a toda clase de lectores, el autor huye, quizás un poco excesivamente, de tecnicismos y deja reducida la bibliografía a lo estrictamente indispensable.

Dado el carácter general del artículo, las referencias al Pirineo aragonés son, naturalmente, breves, pero exactas y atinadas. Sus consideraciones sobre los fenómenos geográfico-humanos, a que da lugar la vida en la montaña, son sugerentes; así, por ejemplo, las breves observaciones que dedica a las emigraciones periódicas de los habitantes de los valles altoaragoneses, *les vendangeurs du Haut-Aragon*, que antes de la guerra se dirigían a las zonas vitícolas del *Midi* francés.

Ilustran el texto varias fotografías; algunas de ellas recogen diversos aspectos del Pirineo altoaragonés.—*F. Balaguer.*